

*A mis hijos Roger y Jordi, este libro y un deseo:
que puedan vivir en un mundo sin fronteras.*

Prólogo

Karmele Jaio

La tercera estancia

La poeta rusa Anna Ajmátova describió tres estancias en la vida. La primera estancia es una casa bonita, rodeada de jardines, donde hay amigos y amigas, tertulias, música, poesía. La segunda estancia es la de la desolación: la casa está vacía, todo quemado, el jardín destrozado, las amistades han muerto o desaparecido. Y luego hay una tercera estancia en la vida, y es la del recuerdo de los muertos, y la necesidad de convivir con ellos. Una guerra es, sobre todo, eso: tener que vivir con los muertos. Tener que seguir viviendo con el peso de su recuerdo.

La aguja dorada de la escritora y periodista Montserrat Roig es un espejo fiel de lo que supone vivir con la muerte y su recuerdo. Es una visita, desde una mirada íntima, a esa tercera estancia de la que nos hablaba la poeta, un espacio en el que

La aguja dorada

sobrevuela el recuerdo compartido de una masacre, de una de las grandes catástrofes humanitarias del siglo XX, como fue el sitio de Leningrado durante la Segunda Guerra Mundial. Entre los años 1941 y 1944, la ciudad permaneció sitiada durante 872 días, rodeada por un ejército nazi, que, ante la imposibilidad de tomarla, decidió cerrarla a cal y canto y dejar morir de hambre y frío a sus habitantes. Más de un millón de personas murieron en el asedio, la mayoría de ellas civiles.

Captar los recuerdos silenciados de la capital y de sus gentes cuarenta años después de aquel genocidio y convertirlos en palabras. Ese era el objetivo de Roig cuando viajó en 1980 a Leningrado, invitada por una editorial de Moscú con el encargo de escribir una crónica sobre la ciudad después de aquella gran catástrofe. La autora había escrito tres años antes, en 1977, *Els catalans als camps nazis*, donde recogía testimonios de republicanos catalanes en los campos de exterminio nazis, un antecedente que hizo pensar a la editorial soviética que podía ser una buena candidata para recoger los latidos de la ciudad y de sus supervivientes con la curiosidad y la eficacia narrativa de una periodista y la mirada íntima y poética de una gran escritora.

La estancia de Montserrat Roig en la ciudad duró dos meses, pero la resaca emocional del viaje le duró toda la vida, tal y como confiesa en el «aviso» que precede a la obra y en el que escribe: «Este libro es la historia de una pasión. En 1980 me enamoré de la ciudad de Leningrado». Y nos invita a compartir su pasión permitiéndonos conocer la ciudad a través de sus propias vivencias y, sobre todo, de su particular mirada.

El resultado de su trabajo es una forma de contar la historia que se aleja de las grandes palabras y de los discursos abstractos y generalizantes. Roig solo tiene ojos para la verdad de las gentes, para sus experiencias concretas, porque su verdadera inspiración y preocupación son las personas y sus historias, sus

pequeñas grandes vidas. La consigna feminista *lo personal es político* está en la base de esta obra en la que muestra claramente que en los cimientos de una vida personal radica la esencia de la historia universal y que son los pequeños detalles los que hacen verosímiles las grandes verdades.

La autora pasea por Leningrado escuchando su silencio cargado de palabras no dichas, de frases ocultas por un miedo antiguo, de verdades de las que sepultan todas las guerras. Escucha también las voces de todas aquellas personas anónimas a las que se acerca para que le hablen de cómo vivieron los largos días del bloqueo. En ellos y ellas encuentra lo que no se halla en los libros de historia, que como ella misma dice «aportan datos, pero se olvidan de la sangre que corre por dentro de los cuerpos».

A Roig le interesa, sobre todo, lo que corre por dentro de los cuerpos, todo eso que late, aunque no se vea a primera vista. Así, sus palabras nos hablan no solo de hechos, sino, sobre todo, de emociones grabadas en el recuerdo: de la pena de una madre que vende sus collares de perlas por un paquete de azúcar, del dolor de un padre que vende su piano por una barra de pan, del horror de una mujer que lleva el cadáver de su marido muerto de hambre en un trineo hacia una fosa común, del desconsuelo de un hombre que se come a su propio perro...

Cada historia individual se convierte en una especie de símbolo universal de emociones humanas como la compasión, la solidaridad, la caridad, la angustia o el sufrimiento. Por eso se hace tan cercano lo que cuenta, tan identificable. Solo alguien que conoce bien el alma humana puede llevar a cabo un ejercicio de empatía como el que lleva a cabo Roig en este libro, consiguiendo que nos identifiquemos con quienes sufrieron el asedio, y poniendo el foco en las personas más vulnerables, especialmente en las que vieron la tragedia con ojos infantiles. «La infancia es la antigüedad de cada persona», escribe, «y los

sobrevuela el recuerdo compartido de una masacre, de una de las grandes catástrofes humanitarias del siglo XX, como fue el sitio de Leningrado durante la Segunda Guerra Mundial. Entre los años 1941 y 1944, la ciudad permaneció sitiada durante 872 días, rodeada por un ejército nazi, que, ante la imposibilidad de tomarla, decidió cerrarla a cal y canto y dejar morir de hambre y frío a sus habitantes. Más de un millón de personas murieron en el asedio, la mayoría de ellas civiles.

Captar los recuerdos silenciados de la capital y de sus gentes cuarenta años después de aquel genocidio y convertirlos en palabras. Ese era el objetivo de Roig cuando viajó en 1980 a Leningrado, invitada por una editorial de Moscú con el encargo de escribir una crónica sobre la ciudad después de aquella gran catástrofe. La autora había escrito tres años antes, en 1977, *Els catalans als camps nazis*, donde recogía testimonios de republicanos catalanes en los campos de exterminio nazis, un antecedente que hizo pensar a la editorial soviética que podía ser una buena candidata para recoger los latidos de la ciudad y de sus supervivientes con la curiosidad y la eficacia narrativa de una periodista y la mirada íntima y poética de una gran escritora.

La estancia de Montserrat Roig en la ciudad duró dos meses, pero la resaca emocional del viaje le duró toda la vida, tal y como confiesa en el «aviso» que precede a la obra y en el que escribe: «Este libro es la historia de una pasión. En 1980 me enamoré de la ciudad de Leningrado». Y nos invita a compartir su pasión permitiéndonos conocer la ciudad a través de sus propias vivencias y, sobre todo, de su particular mirada.

El resultado de su trabajo es una forma de contar la historia que se aleja de las grandes palabras y de los discursos abstractos y generalizantes. Roig solo tiene ojos para la verdad de las gentes, para sus experiencias concretas, porque su verdadera inspiración y preocupación son las personas y sus historias, sus

pequeñas grandes vidas. La consigna feminista *lo personal es político* está en la base de esta obra en la que muestra claramente que en los cimientos de una vida personal radica la esencia de la historia universal y que son los pequeños detalles los que hacen verosímiles las grandes verdades.

La autora pasea por Leningrado escuchando su silencio cargado de palabras no dichas, de frases ocultas por un miedo antiguo, de verdades de las que sepultan todas las guerras. Escucha también las voces de todas aquellas personas anónimas a las que se acerca para que le hablen de cómo vivieron los largos días del bloqueo. En ellos y ellas encuentra lo que no se halla en los libros de historia, que como ella misma dice «aportan datos, pero se olvidan de la sangre que corre por dentro de los cuerpos».

A Roig le interesa, sobre todo, lo que corre por dentro de los cuerpos, todo eso que late, aunque no se vea a primera vista. Así, sus palabras nos hablan no solo de hechos, sino, sobre todo, de emociones grabadas en el recuerdo: de la pena de una madre que vende sus collares de perlas por un paquete de azúcar, del dolor de un padre que vende su piano por una barra de pan, del horror de una mujer que lleva el cadáver de su marido muerto de hambre en un trineo hacia una fosa común, del desconsuelo de un hombre que se come a su propio perro...

Cada historia individual se convierte en una especie de símbolo universal de emociones humanas como la compasión, la solidaridad, la caridad, la angustia o el sufrimiento. Por eso se hace tan cercano lo que cuenta, tan identificable. Solo alguien que conoce bien el alma humana puede llevar a cabo un ejercicio de empatía como el que lleva a cabo Roig en este libro, consiguiendo que nos identifiquemos con quienes sufrieron el asedio, y poniendo el foco en las personas más vulnerables, especialmente en las que vieron la tragedia con ojos infantiles. «La infancia es la antigüedad de cada persona», escribe, «y los

novecientos días de sitio son la antigüedad de muchos de quienes viven hoy en Leningrado, aunque no hablen de ello».

Montserrat Roig se acerca a la historia latente de la ciudad con paciencia, dejando hablar, permitiendo que el dolor se convierta con naturalidad en palabras. Ahora que todo aquello pasó, nos quedan las palabras, reivindica, poniendo en valor el poder liberador y curativo de las mismas. Las palabras, sus grandes aliadas y su gran consuelo en los momentos en los que parece difícil comprender el mundo.

De eso también nos habla el libro: del valor de la literatura, la música, el arte, cuando el mundo se cae a pedazos. Porque Roig no se limita a recoger testimonios del bloqueo y de la tragedia. Aporta, al mismo tiempo, sus reflexiones sobre arte y literatura mientras va conociendo la ciudad. Así, sobre todo en las dos primeras partes del libro, evoca a grandes figuras de la literatura y la historia rusa, como Anna Ajmátova, Tolstoi, Pushkin, Rasputín, Catalina II y Pedro I, entre otros. Y a través de los recorridos por los parques, los museos, el hotel Europa, el río Neva..., Roig parece estar conociendo la ciudad al mismo tiempo que va conociendo mejor a la humanidad entera.

Una humanidad capaz de admirar la belleza a pesar de la muerte, como demostró la ciudadanía de Leningrado organizando un concierto en medio de los bombardeos que pasó a la historia. Músicos muertos de hambre, pero vestidos de gala, interpretaron en medio de la catástrofe la Séptima Sinfonía de Dimitri Shostakóvich, la que hoy es conocida como sinfonía de Leningrado. Todo un ejemplo de la necesidad, no solo de pan, sino también de la esperanza que aporta la belleza, en los momentos más trágicos.

El libro está escrito en los años ochenta pero no ha perdido ni un ápice de actualidad; y que esta reedición de consonni coincida en el tiempo con un genocidio en Palestina hace que lo lea-

mos con una renovada urgencia. En un mundo donde las guerras vuelven a cercar ciudades, donde la desinformación amenaza la memoria, y donde la dignidad humana sigue siendo puesta a prueba, el testimonio que Montserrat Roig recogió en Leningrado se convierte en espejo y advertencia.

La aguja dorada es un ejemplo del arte de la crónica en la que lo más valioso es la mirada de quien escribe, la capacidad de dar con los detalles que ocultan todo un mundo, toda una historia. De la habilidad de convertir un paquete de Winston americano en símbolo del choque entre dos mundos, del que ella proviene y al que llega.

El título de la obra, tomado de la aguja dorada que corona el Almirantazgo de la hoy San Petersburgo, no es una simple referencia arquitectónica. Esa aguja, que se alza como un dedo de oro señalando el infinito, se convierte en símbolo de la memoria y de la belleza, que perduran a pesar del horror.

Las palabras de Montserrat Roig en *La aguja dorada* contienen esperanza en medio de la desesperanza y su tono se asemeja al de la voz de la poeta Olga Bergholz, quien alentó durante los largos días del bloqueo a la población a través de la emisora de radio de Leningrado, recordándoles que en algún lugar del mundo aún había belleza y que eso, en sí, ya era un motivo razonable para querer sobrevivir.

Es quizá uno de los grandes legados de esta obra. Enseñarnos que la belleza nunca se rinde, ni siquiera ante la destrucción y la muerte. Y que esa necesidad de belleza común a todos los seres humanos, hayan nacido en San Petersburgo o en Barcelona, tiene el potencial de hacer desaparecer las fronteras y de reconciliarnos con la vida y con la paz. Una reconciliación que nos obliga a recordar siempre. A afinar el oído y escuchar a las piedras de los cementerios que susurran: «Nada ni nadie será olvidado».

A modo de aviso

Estuve en la ciudad de Leningrado casi dos meses en el año 1980. Allí vi nieve, lluvia y, también, las famosas noches blancas. Me había invitado la editorial Progreso, de Moscú, para que escribiera un libro sobre el sitio que sufrió Leningrado durante la ocupación nazi de la URSS. Los de la editorial Progreso fueron muy amables conmigo. En realidad, se deshicieron en atenciones. Espero que sepan entender la pequeña broma sobre la historia de mi primer intérprete, Nikolái. Sin proponérselo, Nikolái hizo añicos mis prejuicios, que eran muchos. Con él, los rusos cambiaron de aspecto: se convirtieron en seres humanos. Y la URSS se convirtió en un país igual que el mío.

En el año 1980 se celebraron las Olimpiadas de Moscú. Durante unos meses, hubo línea telefónica directa con la URSS. Podías llamar desde cualquier cabina. Fue un espejismo que duró hasta mediados de 1981. Después, el hilo directo se cortó y ahora vuelve a ser bastante complicado telefonar a la Unión Soviética.

El día siguiente al 23 de febrero de 1981 llamé a mis amigos de Leningrado. Todos ellos me ofrecieron su casa en caso de exilio, si triunfaba el golpe de Estado. Por suerte, no me hicieron falta.

Si esperáis leer un libro sobre el paraíso soviético, dejadlo estar, no sigáis. Si buscáis reflexiones de una intelectual desencantada sobre las traiciones de la URSS, también. Aquí no os hablaré ni de economía ni de avances sociales. Tampoco de gulags ni hospitales psiquiátricos. De eso ya se encargan cada día los periódicos.

Un día de principios de 1985 me telefoneó el escritor uruguayo Eduardo Galeano. Se despedía de mí tras una larga estancia en Cataluña. Volvía a casa: en su país ya había democracia. Un poco de democracia. Pero la suficiente para un escritor añorado. Le conté que estaba ultimando este libro que ahora tenéis en las manos y que me temía que desagradaría a los llamados prosoviéticos y a quienes se proclaman antisoviéticos. Y entonces él me explicó lo que había escrito Simón Bolívar en su diario. Eran los últimos años de su vida, perseguido y menospreciado por mucha gente. Pero le quedaba un amigo: un cura francés que escribía en París artículos elogiosos sobre Bolívar. Artículos donde todo era tan exageradamente blanco y positivo que no contribuían a su causa. Más bien la ridiculizaban. Y entonces Simón Bolívar escribió en su diario: «El bueno del abate sabe elogiarme, pero no sabe defenderme». Galeano apaciguó mis temores y me reafirmó en mis pasiones.

Porque, en realidad, este libro es la historia de una pasión. En 1980 me enamoré de la ciudad de Leningrado. Si alguno de vosotros comparte conmigo un poco de esa pasión, me daré por satisfecha.

Junio de 1985

Primera parte

EL SEGUNDO RASPUTÍN
(La ciudad de las piedras)

I

El día 17 de mayo de 1980 viajaba en un avión de Aereoflot rumbo a Moscú. Las primaveras de Barcelona acostumbran a ser opacas y agobiantes, pero aquel día había dejado tras de mí un cielo nítido. Un poeta extranjero diría que «mediterráneo». Para mí era un cielo insólito. He vivido toda la vida cerca de este mar y pocas veces he visto un cielo así de resplandeciente y transparente.

Más allá me esperaban niebla y barro. En el avión solo había cinco pasajeros. Tres rusos, un asturiano que vivía en la URSS desde pequeño, porque pertenecía al grupo de «los niños españoles», y yo. La compañía Aereoflot tarda una eternidad en darte permiso para fumar. Mientras esperaba a que se apagara la luz del *nei kurit*, aferraba con las manos sudadas mi paquete de Winston.

Quería hablar para distraerme de mi miedo. La luz roja me tenía obsesionada. Con la mirada le ordenaba que se apagara, pero no había nada que hacer. Cada vez que me subo a un avión, pienso que me la juego, y entonces busco protección a través de las palabras. Es absurdo morirte sin que nadie, después, escriba una necrológica donde diga que has tenido una muerte digna. Hay poca gente que rechace los testigos en ese instante único –aparte del nacimiento– en que tú eres el protagonista.

Observaba a los tres rusos, que se habían sentado alejados los unos de los otros, como futuros cadáveres calcinados que me harían compañía entre las cenizas y los restos de latón. Era una pena: no me podría despedir de ellos. Siempre que veo cómo el aparato asciende por encima de las nubes, pienso que estoy a las puertas de alguna galaxia celestial, y entonces intento reconciliarme con Dios. Le digo: «Mira, hagamos un pacto. No sé si existes, ahí abajo ese asunto no me preocupa, pero aquí arriba es distinto. Tú ganas. Por si acaso, vamos a hablar...». Es un pacto vil e interesado, pero todo el mundo se vuelve así cuando no hay ninguna razón que le ayude a entretener su terror individual. Y yo tengo mentalidad de tartana, no estoy hecha para entender que una máquina se aguante sin tocar con los pies en el suelo.

Me temblaban las piernas y el corazón me palpitaba como una centrifugadora. Entonces se apagó la maldita luz roja y, eufórica, intenté hablar con el asturiano, que iba sentado al otro lado del pasillo. Era un hombre de piel tirante y cejas gruesas de hispánico huraño. Me dijo que no fumaba y que yo no tendría que hacerlo. Me cantó las maravillas de la URSS, pero añoraba como un animal los prados verdes que acarician el mar de Asturias. Delante de mí, un ruso con las mejillas de color rosa bostezaba y se rascaba la nuca.

El avión, por dentro, era muy viejo. Las butacas tenían las cubiertas desgastadas por las nuca de miles de rusos que bostezan.

—Estamos cerca de Sheremétievo, el aeropuerto de Moscú —me dijo el asturiano.

El avión tardaba en aterrizar. Subía y bajaba como si no acabara de decidirse. Tan pronto veía las nubes como el río Moscova y charcos de barro. En conjunto, parecía un café con leche aguado. Había bastante niebla, pero, de vez en cuando, aparecían en un claro los bosques de abedules, esbeltos y blancos, que se estiraban hacia arriba.

Sobreviví otra vez a las cuatro de la tarde. Ya estaba en Rusia y me moría de ganas de fumar otro cigarrillo americano. La hora era gris. Parecía que hubiera pasado toda una estación del año desde que había dejado la primavera barcelonesa.

En el aeropuerto me esperaba Nikolái, el intérprete que, según las reglas, no debía dejarme ni a sol ni a sombra. Las cosas que me pasarían después me confirmarían, una vez más, que nunca puedes fiarte de ninguna regla, aunque sea soviética.

Nikolái me cogió las maletas con mucha ceremonia y me hizo subir a un taxi. Oscurecía. Ya era casi de noche cuando nos detuvimos delante del hotel Ucrania, un enorme mamotreto de piedras de color sucio, tan antiguas y grises como una fortaleza reconvertida en una caja de ahorros. El vestíbulo era tan grande que parecía el de una estación central de ferrocarriles.

En la habitación, me encerré enseguida por dentro y empecé a observar con atención las paredes, la ventana y las lámparas. No supe ver ningún micrófono. Había leído en una novela de James Bond que, para descubrir si te han registrado los cajones, has de dejar un mechón de pelo en un rincón. Me pareció una estratagema demasiado complicada, dada mi pereza habitual, y decidí llevar siempre encima mi bloc de notas. La habitación se parecía a las que hay en esos hoteles catalanes de comarcas donde van a caer viajeros con prisas y sin demasiados sofocos, y donde acostumbran a dar de cena una tortilla de un huevo o

un trozo desangelado de merluza congelada. Los muebles eran viejos, el pomo de la puerta del armario se me quedó en la mano, la bañera, enorme, estaba desconchada y las toallas estaban deshilachadas. Pero, en conjunto, era confortable. No podía quejarme: me habían invitado ellos. Solo hacía diez minutos que duraba mi inspección cuando Nikolái ya me vino a buscar.

–Hora de cenar –me dijo.

Eran las siete y media de la tarde y no tenía demasiada hambre. Nikolái no me llevó al restaurante del hotel. Había decidido que comeríamos en la misma planta donde estaba mi habitación. Era como si estuviera haciendo ejercicios espirituales. El restaurante estaba encima de un laberinto de pasillos. La camarera, una mujer oronda de pechos gaudinianos, sacó del expositor el pollo que le señalaba con el dedo el intérprete y, mientras lo blandía como si fuera de cartón, parecía estar diciéndonos con pena: «¿Esto es lo que queréis?». Solo ella sabía cuánto tiempo llevaba aquel pollo detrás de aquella vitrina. Al final, encogió los hombros con resignación y lo partió en dos trozos con las manos. De primero tomamos un consomé con un huevo duro entero dentro. Y bebimos vino blanco.

–Pruébalo –dijo Nikolái mientras alzaba la copa dispuesto a brindar–. Por tus éxitos en la URSS.

En esos momentos yo todavía no sabía que el Tsinandali, un exquisito vino blanco de Georgia, me acompañaría durante aquel viaje iniciático.

Nikolái no hablaba demasiado bien el castellano. Notabas que lo había aprendido a la fuerza. Admiraba la lengua y la cultura francesas, como los antiguos nobles rusos. Empezó diciéndome que era medio gitano, medio judío y medio aristócrata, y parecía preocuparle que, después de la Revolución, ya nadie tuviera en cuenta esa suerte de clasificaciones.

En el trayecto desde el aeropuerto, le pregunté si había via-

jado por el extranjero y, con un tono forzosamente solemne, me contestó:

—¿Para qué? No nos hace falta. Este país es lo bastante inmenso, lo bastante rico y lo bastante variado para encontrar de todo.

Nunca supe si era cierto que Nikolái tenía sangre gitana, pero su pelo era negro y brillante. Tenía una corpulencia asténica, de hombre bien parecido, de los que atraen a las desprevenidas a simple vista. Pero sus labios no acababan de gustarme. Hay quien piensa que el carácter de las personas se refleja en los ojos. A mí me parece que es en la boca donde reconoces los rasgos que la mirada no disimula. La boca siempre es infiel a tus propósitos, y Nikolái tenía unos labios carnosos, sensuales, pero inseguros. Dejaba siempre la boca entreabierta, como si se despreciara a sí mismo.

Me hablaba con corrección, atento a las formas y sin pararse a escuchar. Y eso me lo hacía aburrido. Estaba claro: le habían encargado un trabajo y él se había propuesto llevarlo a cabo según las reglas. Pronto descubriría que no las conocía y que la única obsesión que tenía era que yo no las adivinara. Alguien me había dicho en Barcelona:

—Ten cuidado con los intérpretes, todos son agentes del KGB.

Quien me lo había dicho no había estado nunca en la URSS y había leído muchas novelas de James Bond. Y, sobre todo, no tenía delante a un hombre como Nikolái. Pero eso lo supe mucho después, cuando le conocí las debilidades. En aquel momento, yo solo tenía a un joven ruso vestido como un norteamericano de Texas, con colores que cantaban. Un traje de enormes cuadros marrones y una corbata verde bastante llamativa.

Nikolái se moría de ganas por explicarme la historia de su vida. Sin haber tenido tiempo siquiera de repelar aquel muslo de pollo que parecía de cartón, ya me estaba poniendo al corriente del capítulo más reciente. El día 7 de junio, veinte días después

de nuestro encuentro, iba a casarse por segunda vez. Tenía veintiséis años y consideraba que la primera lo había hecho demasiado joven. Tenía un hijo de cuatro años que, «como era natural», vivía con su primera mujer. Esta no era demasiado inteligente y él no soportaba vivir con mujeres tontas. La historia de su propia vida le impresionaba más que todos los avances de la URSS, y su tono de voz se volvía agudo cuando se refería al heroísmo soviético o al alma rusa. Transmitía un escepticismo que, en aquellos momentos, me pareció enigmático.

—¿Qué es el alma rusa? —le pregunté.

—Lenin decía que no debemos confundir el chovinismo con el alma rusa —me contestó, mientras dejaba el muslo de pollo encima del plato; había dejado el hueso repelado por completo.

La respuesta de Nikolái, ahora lo veo, era una invitación a que lo descubriera por mi cuenta. Pero entonces yo no se lo agradecí y me acabé todo el vino de Georgia que quedaba en la botella.

Después de cenar, fuimos al restaurante grande, que estaba en la planta baja. Nikolái se pasó un rato observando con frialdad a un grupo de campesinos achaparrados que seguían el ritmo de la música con movimientos descoyuntados.

—Vamos a dormir —me ordenó—. No me gustan estos sitios, la gente grita demasiado.

Era mentira. Se quería desembarazar de mí y no sabía cómo hacerlo. Bajé al vestíbulo, donde se agolpaban miles de personas, para comprar *El País* y un paquete de tabaco americano. Y él no me dejó hasta asegurarse de que me iba a la cama. Se despidió, aliviado y ceremonioso.

Me encerré por dentro. En la televisión hacían propaganda de la Segunda Guerra Mundial y de los Juegos Olímpicos. Era la primera noche que pasaba en la URSS y me vino regusto de pollo a la boca.